

experiencia), van trenzando ese discurso espeso, intransferible y atroz que, sin embargo, transmite la densidad del dolor y la firmeza de la búsqueda. En este libro (libro inquisidor, sin trampas ni piedades), el sentido se asienta en la estructura, en la arquitectura del discurso, de una exposición que precisamente no discurre sino que se ensimisma, insiste, perfora, y evita la claridad porque no es claro el conflicto que investiga. Sin embargo logra ponerlo al rojo vivo por el «claro lenguaje de su forma oscura» y por los momentos de alta condensación que de tanto en tanto afloran, diáfanos, en ese continuo a dos voces, hacia adentro. Como ejemplo, este ajuste de cuentas que irrumpe con esa voz desesperada que interroga y golpea en defensa propia, para desaparecer luego en el río revuelto

del poema, dejando una estela de inclemencia:

Alguien que ha muerto hoy ¿qué tiene que decirme?
 Si no logro saberlo, ¿me dejará tranquilo?
 Alguien que se asoma a mis vísceras ¿qué busca?,
 ¿qué le decepciona tanto?, alguien entorpecido
 como si no hubiera bajado nunca de los árboles,
 ¿qué puedo decir yo para que se conforme
 y evite qué castigo y haga en mí qué milagro?

Una vez más el poema como indagación y el conocimiento como bálsamo pero, en este caso, encarnados en una biografía: el desasosiego con carnet de identidad.

Leonor Fleming

El fondo de la maleta

La droga sonora

El 14 de enero de 1895 Marcel Proust publicó en el periódico *Le Gaulois* un artículo titulado «Un domingo en el Conservatorio». Proust no era todavía Proust, es decir que no había compuesto su gran obra *En busca del tiempo perdido*, que empezó a ocuparlo hacia 1908. Sin embargo, la viñeta que contiene aquella página bien podría estar en su novela, donde la música aparece en abundancia y hasta ayuda al escritor a componer la vasta sinfonía que es el conjunto.

La anécdota es sencilla: el cronista llega a la sala del Conservatorio de París donde se ofrece un concierto orquestal. En el programa figura la quinta sinfonía de Beethoven. Dos amigos acompañan a Proust. Los tres se ensimisman en recuerdos y problemas personales. Una señora conversa en un palco con los cuatro invitados de la cena que seguirá al concierto.

De pronto, el narrador se levanta de su asiento, sale al pasillo y se encuentra con un conocido. La charla los distrae y no advierten que ha comenzado la música. No puede el narrador entrar en la

sala y se contenta con percibir confusas armonías y mirar por una rendija del cortinado, en un ejercicio muy proustiano de espionaje novelesco: el mundo cabe en el ojo de una cerradura.

Rapto místico o efecto de una droga súbita y eficaz, la música había transfigurado a la multitud en una suerte de ejército que contemplaba el mundo desde la cresta de una suprema muralla. A lo lejos, todo podía estar ocurriendo: los preparativos de un combate, un baile cortesano, una serenata de amor, unos funerales, la cotidiana y extraordinaria salida del sol. Militancia inmóvil es la fórmula de esta pacífica tropa. La componen unos soldados alegres o abatidos, pero que viven su sentimiento en el encierro íntimo de cada cual. «Todos estaban más bellos que antes, despojados —por decirlo así— de sus circunstancias particulares y tan lejos de sí mismos como para aparentar la lejanía del pasado.»

Aquí está lo cardinal de Proust: el temblor del pasado que se percibe en la hondura del sujeto y que no es el pasado que recordamos sino el que ignoramos,

como si fuera el pasado de otro. La música es la vía regia de acceso a esa otra realidad que es, quizá, la auténtica, la que percibimos a rachas, de vez en cuando, en los momentos áureos y privilegiados de la vida. Los griegos inventaron una decisiva palabra para designar ese ejercicio que consiste en salir de sí mismo, alterarse y perderse para encontrarse: entusiasmo.

Sustancias químicas, raptos eróticos y éxtasis místicos nos fuerzan a conseguir ese acceso a la vida quizá verdaderamente verdadera que lo cotidiano nos impide vivir. La música, sin alterar nuestros metabolismos, sin intoxicarnos ni exigirnos la concentración excepcional del amor o la visión mística, la generosa música nos lo ofrece cada vez que nos encontramos con ella.

Colaboradores

RAQUEL AGUILERA: Lusitanista española (Málaga)
 MANUEL ALBERCA: Crítico y ensayista español (Málaga)
 JORGE ANDRADE: Escritor argentino (Buenos Aires)
 RICARDO BADA: Escritor español (Colonia, Alemania)
 YVES BONNEFOY: Escritor francés (París)
 BLANCA BRAVO CELA: Crítica y ensayista española (Barcelona)
 IRLEMAR CHIAMPI: Ensayista brasileña (San Pablo, Brasil)
 JAVIER COCA: Lusitanista español (Málaga)
 PATRICK COLLARD: Hispanista belga (Gante)
 RICARDO DESSAU: Periodista argentino (Buenos Aires)
 JESÚS LÁZARO DOCIO: Crítico de artes visuales español (Madrid)
 CARLOS D'ORS: Crítico y ensayista español (Madrid)
 LEONOR FLEMING: Crítica literaria argentina (Buenos Aires)
 JAVIER FRANZÉ: Politólogo argentino (Madrid)
 OSVALDO GALLONE: Crítico literario argentino (Buenos Aires)
 RAFAEL GARCÍA ALONSO: Ensayista y crítico español (Madrid)
 GERMÁN GAVIRIA ÁLVAREZ: Escritor colombiano (Bogotá)
 GUSTAVO GUERRERO: Escritor venezolano (París)
 PEDRO GURROLA: Crítico literario español (Barcelona)
 AUGUSTO KLAPPENBACH: Ensayista argentino (Madrid)
 CÉSAR LEANTE: Escritor cubano (Madrid)
 RITA DE MAESENEER: Hispanista belga (Amberes)
 ÍTALO MANZI: Crítico cinematográfico argentino (París)
 DIEGO MARTÍNEZ TORRÓN: Escritor español (Córdoba)
 JOAN MINGUET BATLLORI: Crítico de artes visuales español (Cornellá)
 LEONARDO PADURA FUENTES: Escritor cubano (La Habana)
 GRAZIELLA POGOLOTTI: Crítica y ensayista cubana (La Habana)
 ANTONIO JOSÉ PONTE: Escritor cubano (La Habana)
 LUIS PULIDO RITTER: Escritor panameño (Berlín)
 TONIA REQUEJO: Crítica de artes visuales española (Madrid)
 MARTA ROJAS: Escritora cubana (La Habana)
 AGUSTÍN SEGUÍ: Historiador argentino (Saarbrücken)
 JORGE TIMOSSI: Escritor cubano (La Habana)
 CONSUELO TRIVIÑO: Escritora colombiana (Madrid)
 GUILLERMO URBIZU: Crítico literario español (Zaragoza)